

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
SER CREYENTE HOY, por <i>Juan Martín Velasco</i>	7
La situación religiosa y nuestra propia situación como creyentes	8
Crisis religiosas y crisis de Dios.....	8
¿Estamos nosotros afectados por la crisis de Dios?	9
Dos posibles causas de la debilidad de la fe en círculos oficialmente cristianos	12
Necesidad de un discernimiento: ¿somos verdaderamente creyentes?	15
El camino hacia la fe.....	18
«¿Qué debemos hacer, hermanos? (Hch 2,37)	18
Modelos de creyentes.....	20
La representación de Dios, piedra de toque de la actitud creyente.....	21
Condiciones para que la palabra «Dios» cobre todo su esplendor	25
Condiciones previas y preámbulos existenciales para iniciar el camino de la fe	26
Hacia una fenomenología de la actitud creyente	30
Poner en Dios el centro de nuestra vida en una actitud de confianza incondicional	30
Coherencia de la actitud teologal con la condición humana	33

Del trascendimiento de sí mismo al encuentro con el Misterio.....	36
El encuentro interpersonal, modelo a escala humana del encuentro de la fe.....	38
Crear cristianamente	41
Jesucristo, iniciador y consumidor de nuestra fe	41
El Dios de Jesucristo, un Dios revelado bajo la forma de la debilidad	44
Las distintas formas de acceso a la fe en Dios por parte de los cristianos	46
El «contenido» de la fe cristiana	47
Dimensión eclesial de la fe cristiana	51
El ejercicio del ser creyente	53
La fe tiene vocación de experiencia	53
La oración, puesta en ejercicio de la fe.....	56
La actualización de la fe por la práctica del amor	59
Las tres dimensiones de la actitud teologal.....	62
«Hemos creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16)	62
«Permanezcamos firmes en la esperanza» (Heb 10,23)	68
San Pablo, modelo de creyente	72
«¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!»	76
PAISAJES PARA LA FE, por <i>Dolores Aleixandre</i>	79
Un encinar en Mambré	81

Una propiedad en Gosén	84
Una tumba en Efratá	87
Un vado en el mar de las Cañas	90
Pan en el desierto de Sin	93
Una nube en el Sinaí	96
Una cueva en el Horeb	99
Una alberca en Jerusalén	102
Un campo en Anatot	105
En las afueras de Belén	108
Una casa sin tejado	111
Relatos en la habitación de arriba	114
Un cruce de caminos	117
Un cabezal en popa	120
Despedida en Mileto	123
Una puerta cerrada	126
En la ladera de la montaña	129
La puerta oeste de la muralla	132
Un pasaje entre olivos	135
Galilea, luna nueva	138
 CON LOS OJOS FIJOS EN JESÚS, por <i>José Antonio Pagola</i>	 141
Volver a Jesucristo	141
Entrar por el camino abierto por Jesús	142
Volver a Galilea	144
El Evangelio como nuevo comienzo	146
Crear la Buena Noticia de Dios	148
Dios, amigo de la vida	150

Dios, el Padre bueno de todos	153
Parábola para nuestros días	156
Recuperar el proyecto del reino de Dios	159
El proyecto humanizador de Dios	160
La compasión como principio de acción	163
Los últimos han de ser los primeros	165
Recuperar el Padrenuestro como oración del reino	167
Seguir a Jesús, el Cristo	170
Dinámica del seguimiento a Jesús	171
Algunos rasgos de los seguidores de Jesús.....	174
Construir la Iglesia de Jesús	175
Escándalo y locura de la cruz	178
El gesto supremo de Dios	179
Un Dios crucificado	181
Un Dios identificado con las víctimas	182
Seguir a Jesús cargando con la cruz	183
Cristo resucitado, misterio de esperanza	186
Cristo, nuestra esperanza	186
Recuperar la experiencia viva del Resucitado	188
El nuevo rostro de Dios	190
Entrar en una dinámica de resurrección	192
El horizonte de nuestra esperanza	193

PRESENTACIÓN

¡Oh, cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

SAN JUAN DE LA CRUZ,
Cántico espiritual

Relacionada con la fe, la geografía del cuerpo humano se muestra rica en lugares. Pies que andan o desandan veredas, manos que agarran o sueltan, oídos que escuchan o están cerrados... Pero probablemente no haya otro lugar con un papel tan peculiar como los ojos. Antes del contacto físico –y contando con que también hay ojos ciegos–, ellos son los vigías encargados de vislumbrar cuando aún están lejos tanto las presencias deseadas como las indeseables. Por eso los ojos bien pueden ser considerados como una auténtica puerta de la fe, como le sucede al discípulo amado cuando descubre la presencia del Señor resucitado a la orilla del lago de Galilea (Jn 21).

Porta fidei, la «puerta de la fe», es precisamente el título que Benedicto XVI ha dado al *motu proprio* con el que convocaba este «Año de la fe». Un año que va desde el 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013. La fecha de inicio no es

casual, ya que en ella se celebra el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica*.

Para la conmemoración de esta efemérides, tres de los más importantes y significativos autores en el campo del pensamiento religioso y teológico español –los tres, en gran medida, hijos de ese Concilio cuyo recuerdo celebramos– nos brindan sus reflexiones a propósito de la fe. Con los ojos fijos en Jesús, cada cual con su estilo y su genio particular, los tres van desgarnado aquellos aspectos relativos a la fe cristiana que puedan ayudar a los lectores a personalizarla y hacerla cada vez más propia. Porque de eso es de lo que se trata. Los distintos apartados para la reflexión personal o en grupo que acompañan a los textos ofrecen igualmente diferentes modos de lectura del libro y la posibilidad de poder trabajar con él.

Los ojos permiten el juego de las miradas. Un juego en el que conviene siempre tener presente el dicho del poeta: «El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve» (Antonio Machado). Ojalá este libro sirva para que aquellos que lo lean –sea cual sea su situación personal o eclesial– se sientan benévolamente contemplados por el Señor y puedan llegar a pronunciar con verdad aquellas palabras de san Pablo: «Sé de quién me he fiado» (2 Tim 1,12).

PPC

PAISAJES PARA LA FE

DOLORES ALEIXANDRE PARRA, RSCJ

«Pasó de nuevo a la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba en otro tiempo. Y muchos *creyeron allí* en él» (Jn 10,41-42).

Allí, precisamente en aquel lugar concreto del otro lado del Jordán. Quizá algunos, con el paso del tiempo, volverían a pasar por aquel sitio, y sentirían la misma emoción de aquellos dos discípulos que siguieron a Jesús y recordaban: «Eran las cuatro de la tarde». Estos reconocerían el lugar: «Fue *aquí* donde comencé a creer en Jesús». Y recorrerían con su mirada cada detalle del paisaje: el río, los árboles, las piedras, los arbustos con las colinas de Judea a lo lejos. Y es que esos lugares en los que algunos se cruzaron con Jesús antes que nosotros siguen estando ahí: los montes, los caminos, el desierto, los pozos o el lago no saben de tiempo, ni de edades, ni de cambios.

Las casas no son las mismas, pero sí el suelo en que se levantaban y también los nombres de lugares que siguen grabados en nuestra memoria: Mambré, Belén, Nazaret, Cafarnaún, Jericó, Caná... Los árboles de entonces tampoco están, pero otros olivos continúan su tarea y las higueras siguen echando yemas cuando se acerca el verano. Quizá ya no exista

aquella bajo la que se sentó Natanael o a la que se subió Zaqueo, pero otras han ocupado su lugar y a su sombra vienen a sentarse caminantes fatigados. En primavera, las flores inundan las laderas de las colinas de Galilea y siguen susurrando a quien las escuche que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como ellas. El pozo de Siquén y las fuentes de Siloé y de Nazaret continúan manando, y a veces el cielo se vuelve rojo al atardecer anunciando lluvia.

Vamos a acercarnos a esos paisajes con respeto, como los peregrinos que visitan los «santos lugares». En ellos, hombres y mujeres que nos precedieron en el camino creyente vivieron una experiencia de encuentro con el Señor. La historia de su fe sigue siendo la nuestra¹.

¹ La obra de J. DELORME *L'heureuse annonce selon Marc*. París, Cerf, 2009, me ha servido de inspiración en algunos capítulos basados en textos del evangelio de Marcos.

UN ENCINAR EN MAMBRÉ²

«Qué tenue es la sombra de las encinas», pensó Sara aquella mañana. Añoraba el denso ramaje de los limoneros que volvían umbrío su patio, cuando aún vivían en Ur de Caldea. Pero aquella casa se había quedado muy lejos ahora que eran nómadas y el sol, sin haber llegado siquiera a su cenit, abrazaba con su fuego el campamento.

Nada presagiaba la visita que iba a cambiar sus vidas. Ya no lo hablaban entre ellos, pero vivían abatidos por el peso de la esterilidad y hundidos en la evidencia de que no quedaría huella de sus nombres.

Los tres huéspedes llegaron a mediodía y Abrahán los acogió con esplendor, como era su costumbre. Ella amasó las hogazas, vigiló mientras asaban el ternero, sirvió el vino y, fatigada, se retiró a su tienda. Hacía demasiado calor dentro y, sentada fuera, oyó aquel anuncio asombroso:

—Para cuando yo vuelva a verte, en el plazo normal, Sara habrá tenido un hijo.

Su primera reacción fue la risa: «Estando ya gastada, ¿voy a sentir placer con un marido tan viejo?», pensó con el escepticismo de sus muchos años. Conocía ya los límites de su ve-

² Gn 18 y 23.

jez y de la de Abrahán, sabía que todo estaba perdido y prefería reírse a lamentarse.

Pero otras palabras inquietantes la alcanzaron en el centro de su amargura:

–¿Por qué se ha reído Sara? ¿Acaso hay algo imposible para Dios?

La pregunta le atravesó el alma y sintió que la estaban empujando fuera de su incredulidad: «Sal de la tierra de tu escepticismo y de tu desánimo, Sara, ve más allá de las constataciones de tu lucidez, recuerda que allí donde terminan tus posibilidades empiezan las de Dios».

Empezaba a respirar fuera del horizonte estrecho de sus límites y se adentraba en la tierra desconocida de la fe.

Volvió a reír y supo cómo llamaría a su hijo: Isaac, «el Señor ríe». Y supo también que ya no podría invocar a Dios más que proclamando:

–Dios me ha hecho reír, y los que lo oigan reirán conmigo.

Al llegar la noche se amaron con la alegría de sus tiempos jóvenes. Sara se quedó dormida y Abrahán salió de la tienda y se puso a mirar las estrellas, hasta que se dio cuenta de que era incapaz de contarlas. Recordó que un día se había quejado al Señor:

–He visto escrito en las estrellas que no tendré hijos.

Y el Señor le dijo:

–Sal también de esa tierra Abrahán, sitúate por encima de las estrellas y por encima del sol...

Y supo entonces que no podría nunca comprender al Dios que había vuelto fecunda su existencia. Y susurró:

–Aquí estoy, aquí me tienes...

Al amanecer, Sara caminó hasta el extremo del encinar y llegó hasta la cueva de Makpelá, acompasando la risa que ahora manaba de su corazón con el rumor del viento en las ramas de las encinas. Estuvo allí mucho tiempo, y más tarde pidió a Abrahán que la acompañara hasta la entrada de la cueva:

–Cuando me muera –dijo–, entiérrame aquí, porque en esta cueva ha quedado grabado el eco de mi risa. Así, aunque haya muerto, seguiré bendiciendo al Dios que me ha hecho reír. Y el hijo que me ha prometido llevará para siempre en su nombre el recuerdo de la fe de su madre.

- ▶ Esta historia es mi historia. El proceso de fe de Sara y Abrahán es también el mío: siento su misma llamada a salir de la tierra de mis seguridades y a ir más allá de mi escepticismo y de la estrechez de mi lógica. Y tengo a veces la experiencia de que ni mi pobreza ni mi esterilidad son obstáculo para lo que Dios está queriendo hacer en mí.
- ▶ **Compartiendo nuestra fe.** Hacemos juntos un rastreo de nuestras imágenes de Dios. ¿Lo sentimos como el Dios implacable que exige el sacrificio de lo que más queremos? ¿O es el Dios de quien podemos decir con Sara, la primera teóloga: «Es el que me hace danzar y reír...»? Pensamos cómo hacer llegar a otros la imagen de este Dios aún tan desconocido.

UNA PROPIEDAD EN GOSÉN³

Los ojos de Jacob estaban ya nublados y no le permitían distinguir bien el paisaje de aquella propiedad que su hijo José había escogido para él y sus hijos. Sabía que era la mejor del territorio de Ramsés, pero no podía evitar la añoranza de su tierra de Canaán, que había recorrido tantas veces atravesando sus montes, caminos y barrancos. Su vida nómada comenzó cuando tuvo que salir huyendo de la casa paterna: Rebeca, su madre, le había empujado a engañar a su padre Isaac, ya ciego, para conseguir la bendición destinada al primogénito. Ella lo justificaba contándole una y otra vez que acudió al Señor angustiada por la agitación de los niños en su vientre:

—Él me respondió aquel día y me desveló el gran secreto de su preferencia por los pequeños y los últimos. Y si se inclina hacia ellos de esa manera quiere decir que Esaú acabará sirviéndote a ti, aunque seas el menor.

A Jacob, esas palabras le incomodaban y perseguían más que la cólera de Esaú. No entendía aquella extraña preferencia de Dios y confiaba más en su propia sagacidad para conseguir la mayoría que por nacimiento no era suya. Había nacido agarrado al talón de su gemelo, marcado ya por el deseo

³ Gn 25-33; 47-48.

de ser el primero y, si no lo había logrado en el parto, había decidido alcanzarlo gracias a la astucia. Aprendió a engañar y a hacer trampas, a poner zancadillas y a escapar después. Pero era vulnerable a pesar suyo y se enamoró tan perdidamente de Raquel que no le importó trabajar sin recibir salario alguno con tal de que fuera su esposa. Y a veces pensaba que así le amaba Dios a él, con aquella misma gratitud y desmesura.

Ahora que era ya viejo acudían a su memoria los lugares en que el Señor se le había manifestado: allá en Betel, con el sueño de una escalera que llegaba hasta el cielo y por la que subían y bajaban los mensajeros de Dios; o en el vado del Yaboc, cuando sintió que era él quien lo asaltaba en medio de la noche y lo bendecía al amanecer; o en Siquén, después de la reconciliación con Esaú; y de nuevo en Berseba, cuando volvió a prometerle que estaría junto a él cuando bajara a Egipto. En cada encuentro, Jacob volvía a escuchar palabras de ánimo y de bendición que era consciente de no merecer:

–Soy yo demasiado pequeño para tanta misericordia y tanta fidelidad como tienes conmigo –se atrevió a decirle un día, abrumado por aquel amor persistente e incomprensible.

Se sentía querido por Dios sin méritos propios, sin haber sabido responderle nunca, y eso le hería en el corazón con más violencia que la marca que había dejado en su muslo la lucha con él en el Yaboc.

Ahora se sentía morir y pidió con voz balbuciente que avisaran a José. Se presentó él con sus dos hijos y se los acercó para que los bendijera: puso a Manasés, el mayor, bajo la mano derecha de su padre y a Efraín, el menor, bajo su izquierda.

Era así como debía hacerse, era ese el orden de importancia y de prevalencia que había que continuar de generación en generación.

Pero con un gesto inesperado que brotaba de lo más hondo de su corazón, Jacob cruzó las manos y puso la derecha sobre el menor y la izquierda sobre el mayor, y los bendijo diciendo:

–El Dios ante el cual caminaron mis padres Abrahán e Isaac, el Dios que ha sido mi pastor desde antiguo hasta hoy, bendiga a estos muchachos.

Fueron inútiles los ruegos de José para que Manasés recibiera de Jacob la bendición que merecía como primogénito: tuvo que resignarse pensando que la ancianidad había trastornado la mente de su padre. No sabía que, con aquel gesto, Jacob se rendía ante las insólitas preferencias de Dios, y, al hacerlo, estaba coincidiendo por fin, silenciosamente, con el amor torrencial con que se había sentido amado.

- ▶ Esta historia es mi historia. Lo mismo que la de Jacob, mi vida de fe es un largo itinerario de encuentros y desencuentros, de aciertos y errores. También yo me he sentido a veces desbordado por la fidelidad del amor de Dios, y eso despierta en mí el deseo responderle tratando de parecerme más a Jesús, el Hermano mayor que coincidía en todo con su Padre.
- ▶ Compartiendo nuestra fe. Cada uno puede contar alguna «aventura» de su historia creyente, de sus huidas, luchas, resistencias y encuentros con el amor gratuito de Dios. Buscamos juntos caminos concretos de coincidencia con la preferencia de Dios por los pequeños y los últimos.

UNA TUMBA EN EFRATÁ⁴

«Benjamín, favorito del Señor, habita tranquilo; el Altísimo cuida de él continuamente y él habita entre sus hombros». Los del clan de Benjamín repetían con frecuencia aquellas palabras del testamento de Jacob. Estaban orgullosos de su predilección por sus dos hijos más pequeños, como si prolongara en ellos el amor preferencial que siempre había profesado a su esposa Raquel.

Sentados en torno al fuego en las largas veladas del invierno, los más ancianos contaban una y otra vez el trágico final de una de las matriarcas de Israel. Algunos decían que estaba ya marcada por la desdicha desde que, celosa de la fecundidad de su hermana Lía y desesperada por su esterilidad, había dicho a Jacob: «¡Dame hijos o me muero!».

–¿Cómo se había atrevido a conjurar así a la muerte?
–censuraban algunos.

Otros la defendían y encontraban demasiado dura la respuesta airada de Jacob:

–¿Acaso soy yo Dios para negarte los hijos del vientre?

Fuera como fuese, lo cierto es que el nacimiento de su primer hijo no colmó sus ansias de maternidad, y por eso lo llamó José: «Que el Señor añada». Algunas mujeres del clan

⁴ Gn 29 y 30; 35,16-21.

comentaban que Raquel tuvo que vivir bajo la amenaza de aquella muerte que con tanta osadía había convocado y temiendo que estuviera al acecho para arrebatarse su vida o la de su hijo. Quizá presentía que, si llegaba a tener otro, se convertiría en el hijo de su desgracia.

Otra de las viejas historias que les complacía recordar era la de la huida de Jacob de casa de su suegro, llevándose a Lía, a Raquel y a sus hijos. Sonreían evocando la escena en la que Raquel había escondido los idolillos de su padre bajo la montura de su camello: se había sentado encima y dijo a su padre que los buscaba:

–No puedo levantarme, me ha venido la cosa de las mujeres –evitando así que descubriera el robo.

Les extrañaba también que Jacob, que amaba tanto a Raquel, emprendiera un viaje a pesar de que ella volvía a estar embarazada. Al llegar cerca de Efratá le llegó la hora del alumbramiento, y José mandó detener la caravana y plantar las tiendas. Raquel se retorció de dolor sintiendo cerca el aliento de la muerte. La comadrona que la asistía trataba de tranquilizarla:

–No tengas miedo, que tienes otro niño.

Pero ella se sentía morir y, antes de exhalar su último suspiro, puso a su hijo un nombre terrible: «Hijo de mi desgracia». Esas fueron sus últimas palabras antes de morir, pero Jacob, su padre, temeroso de los malos presagios de aquel nombre, lo llamó «Hijo de mi fortuna».

Aquel momento dramático de la narración suscitaba siempre nuevos comentarios, y ese día una de las mujeres que llevaba el nombre de su antepasada intervino con viveza:

–Yo creo que un nombre no es algo que se puede poner o quitar como si fuera un ceñidor o una diadema. Pienso que el hijo de Raquel que nació mientras su madre moría siguió llevando los dos nombres: el que le puso ella para impedir que se borrara su memoria y también el que le puso su padre, como testimonio de que ninguna muerte es en vano. ¿No lo anuncia así el testamento de Jacob? Benjamín y también nosotros, que hemos bendecido su nombre, seguimos gozando del favor de Dios.

Se hizo un largo silencio y, al final, el más anciano pronunció esta bendición:

–Bendito seas, Señor, Dios nuestro, que, como a nuestro padre Benjamín, nos haces descansar entre tus hombros como al más pequeño de tus hijos.

- ▶ Esta historia es mi historia. A lo largo de mi vida he tenido ocasión de participar de muchas maneras en experiencias de muerte y de vida. Pongo nombre a mis temores, rebeldías y preguntas ante ese misterio que nos envuelve. Y renuevo, una vez más, mi seguridad en que Dios me lleva sobre sus hombros como al más pequeño de sus hijos.
- ▶ **Compartiendo nuestra fe.** Hacemos memoria de situaciones de muerte y vida que están inevitablemente presentes en nuestra existencia: adversidad y dicha; tristeza y alegría; desánimo y esperanza. Compartimos nuestras maneras de reaccionar ante ello. Evocamos nombres de personas que, desde su fe, han afrontado situaciones muy duras con entereza y serenidad.

UN VADO EN EL MAR DE LAS CAÑAS⁵

–¿Por qué esta noche es distinta de todas las demás noches?

A la pregunta de Rubén, el niño menor de la casa, todos los que estábamos sentados a la mesa celebrando el *séder* de Pascua respondimos:

–Fuimos esclavos del faraón en Egipto, y Adonay, nuestro Dios, nos sacó de allí con mano fuerte y brazo extendido. Si el Santo, bendito sea, no hubiera sacado a nuestros padres de Egipto, nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos hubiéramos continuado sometidos al faraón. Por eso, el que relate detenidamente el Éxodo de Egipto es merecedor de alabanza.

Simeón ha-Levi hubiera necesitado que el ritual se detuviera ahí y que cada uno pudiera contar lo que para él significaba el éxodo. Por eso, mientras todos continuaban, él se quedó abstraído, evocando las palabras que acababa de pronunciar.

Estaba obedeciendo un mandato de su pueblo: «Es obligación de cada uno, en cada generación, considerarse como si él mismo hubiese salido de Egipto».

Era cierto: lo mismo que los hijos de Israel aquella noche en el mar de las Cañas, él había sentido al enemigo avanzando

⁵ Ex 14-15.

tras él en forma de enfermedad, pobreza y persecución, y más de una vez había gritado desde lo hondo al Santo –bendito sea–: «¿Por qué me has traído a morir en este desierto? Déjame, ¿por qué me tratas así? ¿Es que no te importan ni mi vida ni mi muerte?».

Se había sentido impotente ante las dificultades que le amenazaban: eran ante él como un mar inmenso con unas olas gigantescas que él se sabía incapaz de afrontar y que le recordaban la profundidad de sus carencias. Y, lo mismo que Moisés, había escuchado la voz del Señor:

–No tengas miedo, mantente firme y verás la victoria que yo te concederé hoy. Yo pelearé por ti, aprende a esperar en silencio.

En ocasiones no había sido capaz de mantenerse en esa espera, se había hundido en el desánimo y oleadas de amargura habían anegado su alma. Pero eso fue en otro tiempo, un tiempo que ya había pasado. Ahora ya no huía, ni se desesperaba ante su propia pobreza, ni se detenía a medir sus fuerzas. Su mirada ya no se volvía atrás ni magnificaba el poder de los carros y jinetes enemigos. Sabía ya en qué dirección mirar y en quién depositar su confianza y, libre al fin del fardo del miedo, avanzaba tranquilo sin perder la paz.

Lo había aprendido también en un cántico del profeta Habacuc: «Aunque la higuera no eche yemas y las cepas no den fruto, aunque el olivo se niegue a su tarea y los campos no den cosechas, aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador. El Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela, me encamina por las alturas».

Un antiguo *midrás* había conseguido anegar sus viejas ideas sobre Dios: «Mientras todo Israel, junto con Moisés y Miryam, cantaba y danzaba a la orilla del mar de las Cañas, el Santo –bendito sea– no se unía a los cantos. Cuando le preguntaron sus ángeles por qué no se unía a la alegría de su pueblo, respondió: “¿Cómo queréis que cante y haga fiesta si se me han hundido en el mar más de seiscientos egipcios y sus mejores capitanes, junto con sus caballos y carros...?”». Por eso proclamaba con Miryam la profetisa:

–Mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación.

Volvió a dirigir su atención al ritual del *séder* y repitió con todos:

–Es la noche de la Pascua para el nombre del Señor, noche reservada y fijada para la liberación de Israel a lo largo de sus generaciones. Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

- ▶ **Esta historia es mi historia.** Leer el Éxodo es leer mi propia experiencia y la de la humanidad entera: una historia de esclavitudes, tentaciones de desesperación y evidencias también de la presencia liberadora de Dios. Expreso mi agradecimiento y mi confianza en el Pastor que nos conduce a través de tantos desiertos hacia esa tierra que mana leche y miel.
- ▶ **Compartiendo nuestra fe.** Leemos la narración de Ex 14: quizá nos sintamos reflejados en el miedo y las quejas de los israelitas y también en su experiencia de haber sentido que Dios estaba siempre de su parte. Dialogamos en torno a quiénes son hoy para cada uno «el faraón y su ejército», y cómo nos resuena el imperativo de Moisés: «No tengáis miedo».